

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, DICIEMBRE 1º DE 1874.

{ NUM. 73.

EL PODER DE SALOMON.

El gran rey Salomon no es célebre solamente en las tradiciones bíblicas. Los pueblos de raza árabe, aunque enemigos de los hebreos, recordaban que provenían del mismo origen y celebraban los héroes de Israel en sus poesías. Así es como han transformado á Salomon en un mágico cuya dominacion se extiende, no solo sobre los hombres, sino hasta sobre los génius. Hé aquí una leyenda que certifica la alta idea que los orientales tenían del rey de Israel.

En aquel tiempo pensó Salomon en edificar al Señor un magnífico templo, digno de su poder y de su gloria; pues su padre David no habia podido fundar la casa del Eterno, á causa de las guerras que habian assolado su país. Pero el hijo de David y de Betsabé, reinaba en medio de la paz. Sus enemigos le temian, todos vivian tranquilos y seguros en su reino, á la sombra de las higueras y las vides, poseyendo riquezas innumerables.

Quería tambien demostrar su reconocimiento al Señor Dios, al Dios de Abraham y de David. Envió mensajeros á Hiram el jóven, rey de Tiro, para decirle en su nombre palabras de amistad.

Los enviados de Salomon dijeron, pues, á Hiram: «Hé aquí que nuestro amo va á construir la casa del Dios eterno. Dale maderas y préstale obreros; pues los hombres de Tiro y de Sidon, saben mejor que los de Israel derribar los árboles y labrar las maderas.»

Hiram se regocijó en el fondo de su corazon, porque era un príncipe prudente, y el hijo de David era un amigo poderoso y un enemigo temible. Respondió, pues, á los enviados de Israel: «Que sea como lo quiere vuestro amo y señor.»

Los hábiles obreros de Sidon subieron al Líbano, y durante dias y semanas, los cedros y los sabinos cayeron bajo el hacha de los carpinteros de Hiram. Se conducian los árboles hasta el mar y allí se hacian con ellos grandes balsas que navegaban hasta el lugar señalado por Salomon para recibirlos.

Despues hizo Salomon que se trajesen de lejanos países piedras, hermosos mármoles, ágatas, grandes colmillos de elefante y láminas de plata y oro: cuando todas estas riquezas estuvieron acumuladas donde debía alzarse la casa del Señor, la comenzó segun el plano que habia trazado su sabiduría.

Los arquitectos vigilaban sin descanso á los trabajadores, pero Salomon mismo vigilaba á los arquitectos, porque veneraba de tal modo al Señor

Dios, que no quiso confiar á otro el cuidado de dirigir los trabajos de su templo.

Duraron largo tiempo los trabajos. El bronce, el marfil, el oro, la plata, los mármoles, las piedras preciosas, todo se invertia en columnas, bajo-relieves, palmas, flores y follajes que brillaban deslumbrando las miradas. Y aun el rey Salomon no encontraba que el templo fuese digno del Señor su Dios.

Entónces, como conocia todos los secretos de la naturaleza; como los misterios del aire, de la tierra y de las olas, nada de oculto tenían para él, llamó en su ayuda á los Génius del universo. Hizo la señal de la Omnipotencia, y los Génius acudieron temblando, como esclavos, á la voz de su señor.

Y Salomon, apoyando una mano en su gran baston y extendiendo la otra hácia el templo, dijo á los Génius: «Id y trabajad!» Y los Génius se apresuraron á obedecer las órdenes del rey querido de Dios. Noche y dia se proseguia la obra, y Salomon, inmóvil siempre en el mismo lugar, miraba en un silencio contemplativo la casa del Señor que poco á poco iba apareciendo tal como su imaginacion la habia deseado.

Los dias y los años trascurrían, y él, que habia sido el jóven y robusto hijo de David, era ya un an-

ciano de barba blanca como la nieve. Trabajaban siempre los Génius, vigilados por la severa mirada del anciano rey.

En fin, la obra estaba casi acabada, cuando el ángel de la muerte llegó junto á Salomon, cuyos días estaban contados. Le tocó con su ala, y el alma del viejo rey voló al seno del Señor, Dios de Abraham y de David. Mas su cuerpo no se movió.

Apoyado en su baston, permaneció en pié con la cabeza inclinada sobre el pecho. Sus ojos se cerraron, pero parecía que pensaba; y cuando acaso un Génio se volvía á mirarle, se ponía luego á trabajar, porque creía sentir la mirada penetrante del anciano rey, á través de sus párpados cerrados.

Los Génius continuaron, pues, trabajando, hasta el día en que el Señor encontró que su casa era digna de su majestad. Entónces dijo al humilde gusano: «Vé y liberta á los Génius.» Y el gusano comenzó á roer el cabo del baston; el baston fué resbalando suavemente, y el cuerpo de Salomon cayó con el rostro contra tierra, y los Génius huyeron comprendiendo entónces que el amo estaba muerto. — C. C.

VICIO Y VIRTUD.

Paulina tenia seis años, y á un hermoso semblante reunia todas las gracias de la primera edad; amable carácter, humor jovial y agudeza en el decir; pero sus inclinaciones eran frívolas: amaba la ociosidad, el lujo y los placeres, y Dios sabe lo que hubiera sido de ella, sin un sueño que hizo que se cumpliesen en ella los deseos de una madre tierna é ilustrada.

Tenia Paulina un jardinito con bellas flores que cultivaba por sí misma. Se terminaba en una bóveda de jazmines, rosales y otros arbustos odoríferos, y bajo este perfumado abrigo se hallaba un banco de musgo y césped en el que Paulina solia descansar de sus trabajos de jardinería, y de la caza de mariposas.

Una mañana en que se habia levantado con la aurora para regar sus platabandas, enderezar los tallos flexibles, que el viento de la noche hubiese dejado caer, y destruir los insectos perjudiciales, satisfecha del fruto de sus tareas, contemplaba su jardinito con indecible alegría. Despues, quitándose su sombrero de paja que colgó de una rama de lilas, se recostó en su banco de verdor, descansando su linda cabeza entre las primaveras y violetas de que el musgo estaba sembrado.

Entónces, sola y en medio del silencio de la naturaleza, se puso Paulina á reflexionar, cosa que á los seis años, y cuando se tiene una madre querida y que nos ama, es gozar á la vez de la pureza del alma y de las dulces prerogativas de la primera edad: es gozar completa felicidad. Así las primeras ideas de la niña no fueron mas que acciones de gracias de un corazon lleno de gratitud.

Pero la vivacidad de su espíritu hizo que bien pronto sucediese á esta inocente contemplacion, el brillante cuadro de los bailes magníficos, de los espectáculos, de las fiestas, de los suntuosos trajes y de los magníficos juguetes de que gozaban otras niñas de su edad y de que su madre la privaba por una sábia economía, diciendo:

—Todas estas cosas, hija mia, ocasionan gastos que arruinarían el caudal de tu padre, el tuyo y el de tus hermanos, y que no nos permitirían vivir con la comodidad é independencia con que vivimos.

A pesar de que la buena mamá no se apartaba de este sistema, conducía, sin embargo, á su hija á casa de otras amigas tan prudentes como ella, y allí no faltaba distraccion á Paulina; pero iba únicamente vestida con la elegante sencillez que convenia á su candorosa beldad y á sus tiernos años, mejor que los lujosos vestidos y ricas joyas que tanto deseaba.

—¿Pero cómo se gobernarán las otras mamás? decía Paulina entre sí, porque la mia es tan rica como ellas y sus hijas tienen adornos y juguetes que yo no tengo?

Fatigada la imaginacion de Paulina con tan tristes comparaciones, se fué quedando dormida, y

cuando todos sus sentidos quedaron en completo reposo, un dulce sueño vino á interrumpir esta calma con sus gratas ilusiones.

La niña vió que se acercaban á ella dos personajes desconocidos. El primero deslumbraba con el lujo de sus vestidos y con su refinada elegancia. Traía en una mano un suntuoso traje de niña, cual nunca se habia ofrecido otro á los ojos de Paulina, y con la otra mano hacia ademán de distribuir brillantes, billetes y esquelas de convite, juguetes esquisitos y objetos de fantasía.

—Yo soy, dijo con graciosa sonrisa, yo soy el buen génio que ha velado sobre tí desde tu nacimiento. Yo soy el que he desarrollado tus gracias y tu hermosura, para hacerte digna de ser hoy mi compañera. Vengo ya á buscarte para que seas tan feliz como yo lo soy. Mira lo que te traigo: con estos billetes podrás entrar libremente en todas las funciones, y este vestido tendrá el mérito de variarse todos los dias para estar siempre á la moda. Conmigo pasarán tus dias en un completo círculo de diversiones que se renuevan sin cesar, y como alegre mariposa, volarás de flor en flor, porque la vida es un jardín para el que sabe ligeramente recorrerla. Nada de contrariedades, ni de castigos, ni de fastidiosos cálculos, ni de ir al colegio, ni de tareas que es preciso acabar: en mi feliz imperio, todo en él es placer, movimiento y alegría. Ven, hermosa Paulina, deja que te pruebe este traje que te sentará á las mil maravillas..... ¡Vamos, pronto! pronto conmigo!

Paulina sintió vivos impulsos de ceder á las seductoras insinuaciones de una persona tan amable, y sin embargo, habia en ella un «no sé qué» una cosa que ella no sabia definir, pero que la retenia. Creyó prudente preguntarle primero su nombre.

—¡Mi nombre! contestó riendo, yo me llamo la *Diversión*, y todas las niñas y niños de tu edad me conocen y me aman.

Al oír este nombre Paulina, titubeó; pero ántes de decidirse, dirigió una mirada á la otra persona que se acercaba hácia ella. Era una matrona con tan sencillo traje como fastuoso era el de su rival. Una túnica de extremada blancura y hermosas trenzas de pelo con algunas florecillas, hé aquí todo su adorno. Llevaba colgado del brazo un lindo canastillo, en el que se distinguían libros, cuadernos, plumas, lapiceros, un álbum, un manojito de llaves, un librito de cargo y data, labores de niñas, etc.

Su aspecto era sereno y agradable, su voz majestuosa, y hé aquí lo que dijo á Paulina:

—Yo he sido siempre el guía, la amiga y compañera de tu madre. Hoy vengo á ofrecerte la misma proteccion y los mismos consejos de que ella ha sabido aprovecharse para la felicidad. Yo no tengo para alucinarte esos brillantes atractivos de mi rival, porque en lugar de consagrar tu vida al placer, si quieres contarte en el número de mis dichosas discípulas, tendrás que levantarte muy temprano y emplear todo el día en diversas ocupaciones, unas serias y otras penosas; pero que todas tendrán la ventaja de ejercitar el cuerpo y el espíritu. Será preciso que estés vestida con sencillez, que vayas al colegio, y sobre todo, Paulina, que consagres una parte del día á orar y á dar gracias á Dios, creador del universo, para que se digne enviar su bendicion sobre tí y sobre los tuyos.

Yo te prometo entónces, niña mia, el contento de tí misma, el amor de tus padres, y la estimacion de cuantos te conozcan. Si estas ofertas te parecen ménos seductoras que las de mi rival, son por lo ménos mas sinceras. Ella promete mas de lo que puede cumplir. No está en el poder de la disipacion, ni del vicio, ni de la locura, el ofrecer diversion continua, pues los placeres pasan pronto, y el disgusto y languidez les suceden. Ya he dicho lo bastante: escoge ahora á cual de las dos quieres seguir..... Si quieres saber mi nombre, yo me llamo la VIRTUD.

Paulina habia escuchado con mas atencion que placer, pues la preseneia de aquella matrona le imponia, y no pudo ménos de volver la cara hácia la *Diversión*, que le ofrecia sus dones con tan gracioso ademán. Se sintió por un instante incapaz de resistir, hasta que oyó la voz de la Virtud, que le decía:

—La diversion se presenta á la vista con facciones postizas. Yo soy realmente tal y conforme me ves, y que cada dia me has de conocer y amar mas, porque las diversiones inocentes no son incompatibles con el cumplimiento de los deberes que impongo.

En aquel instante, y por una feliz casualidad, cayó al suelo la mascarilla que cubria el rostro de la *Diversión*, y en lugar de las risueñas y agradables facciones de la juventud, se presentó á la vista de la asombrada Paulina, un rostro pálido y marchito, y todo el aspecto de la tristeza y desesperacion. Paulina volvió la cabeza con ademán de vergüenza é indignacion, y se arrojó en brazos de la agradable matrona cuyo imperio reconocia por fin. Este movimiento la despertó, y la feliz Paulina se halló en los brazos de su madre.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCCIÓN EN SOCIEDAD.

ARTICULO II.

DE LAS PRESENTACIONES.

SECCION CUARTA.

De las presentaciones por cartas.

I

Cuando al ausentarse un amigo nuestro, nos vemos en el caso de introducirle al conocimiento de otro amigo que reside en el lugar adonde aquel se dirige, le damos con este objeto una carta, que conduce él mismo, en la cual vá contenida la presentacion que de él hacemos.

II

Estas presentaciones son especiales, cuando recomendamos al amigo á quien escribimos las cualidades del portador de la carta, y le excitamos á admitir á éste en su amistad; y son ocasionales, cuando nos limitamos á una simple introduccion, para que dispense al portador determinadas atenciones, ó todas aquellas que son mas necesarias á un forastero, ó para que coopere por su parte al éxito de algun negocio que lleva entre manos. Las cartas toman desde luego su nombre de la misma naturaleza de las presentaciones, y se llaman *cartas de presentacion especial*, y *cartas de presentacion ocasional*.

III

Las presentaciones por cartas están sujetas á todas las reglas de este artículo que á ellas son aplicables; así es que para hacerlas, no ménos que para exigir las, deberán tenerse presentes las mismas consideraciones y los mismos requisitos que quedan expresados. Pero entre las presentaciones ocasionales verbales, y las que se hacen por medio de cartas, existe una notable diferencia que no debe jamás perderse de vista: las primeras, como se ha dicho, no dejan obligadas á las personas que por ellas se han puesto en comunicacion, á darse por conocidas ni á saludarse en otra parte; mas no sucede lo mismo respecto de las segundas, las cuales, por su propia naturaleza, incluyen siempre la presentacion de un servicio que recibe la persona presentada de aquella á quien se presenta, y esta sola circunstancia constituye á la una en el deber de saludar á la otra donde quiera que la encuentre, y aun de manifestarle en todo tiempo su agradecimiento de un modo análogo á la entidad del servicio que haya recibido. Sin embargo, aun en estos casos, el inferior esperará, para saludar al superior á quien fué presentado, á que éste le autorice por medio de una mirada.

IV

No cesando, pues, enteramente las relaciones que establecen las presentaciones ocasionales por car-

tas, como sucede cuando se hacen verbalmente, debemos ser muy circunspectos para pedir estas cartas, y pensar sobre todo, que siendo demasiado penoso el negarlas, podrán dárse nos á veces tan solo por evitarnos el sonrojo de la negativa.

V

Las cartas de introduccion son mas satisfactorias, y anuncian una acogida mas favorable, cuando no las pedimos, sino que se nos dan espontáneamente, á lo cual debemos esperar cuando nuestra marcha no es precipitada, y ha podido por lo tanto llegar con alguna anticipacion al conocimiento de nuestros amigos. Pero si en circunstancias extraordinarias y en casos particulares nos es lícito pedir cartas de presentacion ocasional, jamás lo haremos respecto de las de presentacion especial, las cuales no deben ser el resultado de ninguna indicacion de nuestra parte. Tan solo el desgraciado que abandona su hogar por causas independientes de su voluntad, y vá á buscar asilo en suelo extraño, está autorizado para pedir una carta de presentacion especial que no puedan ofrecerle sus mas adictos amigos.

VI

Dedúcese de aquí el deber en que estamos de ofrecer aquellas cartas que creamos pueden ser útiles á nuestros amigos, y que la urbanidad y la prudencia nos permitan escribir, sin esperar á que ellos mismos nos las pidan; y de hacer otro tanto aun con las personas con quienes no tengamos una íntima amistad, siempre que hayan de ausentarse por causas desgraciadas.

VII

En cuanto á ofrecimientos espontáneos, guardémonos de hacerlos sin que evidentemente estemos llamados á ello, pues siempre es de evitarse el hacer presentaciones á nuestros amigos ausentes, cuando no hemos podido explorar previamente su voluntad, y sobre todo, cuando por virtud de ellas han de ocupar su tiempo en atender y servir á las personas que les presentamos.

VIII

Cuando alguna persona poco discreta nos ponga en el caso de darle una carta de presentacion, que la prudencia nos habria impedido escribir si hubiésemos obrado con nuestra libre voluntad, apresurémonos á escribir por otro conducto á la misma persona á quien hayamos dirigido aquella, con el objeto de imponerla del verdadero carácter de la introduccion, y de dejarla por consiguiente en libertad de acogerla con frialdad, si no le conviniere proceder de otra suerte por su propio consejo. En esto no hay nada de indigno, pues ya que no nos ha sido posible el negarnos á semejante exigencia, no es justo que quedemos por indiscretos ante el amigo á quien escribimos, ni que le dejemos en la ignorancia del valor que debe dar á nuestra carta.

IX

Las cartas de presentacion especial se entregan cerradas y selladas al portador, y las de presentacion ocasional, siempre abiertas.

X

La persona portadora de una carta de presentacion especial, al llegar al punto en que reside aquella á quien vá dirigida, se la remitirá junto con una tarjeta en que se halle, además de su nombre, su *direccion* (*), es decir, una indicacion circunstanciada del lugar de su alojamiento, é irá algunas horas despues á hacerle su visita de presentacion. Sin embargo, cuando el presentado sea una persona muy respetable, el que recibe la carta se anticipará á hacerle una visita, si no tiene para ello un grave inconveniente; y entónces, innecesaria como es ya la visita de presentacion, tan solo queda el presentado en el deber de pagar la que ha recibido.

(*) No hemos encontrado una palabra española que pueda sustituir ventajosamente á la palabra *direccion*.

XI

El que recibe una carta de presentacion especial, debe servir y obsequiar, en cuanto sus medios se lo permitan, á la persona que le es presentada, considerando que de este modo sirve y obsequia tambien al amigo que le ha hecho la presentacion.

XII

Las cartas de presentacion ocasional se entregan en persona, prefiriendo siempre para ello el escritorio de aquella á quien se dirige, si es un hombre de negocios; y no incluyen la obligacion de ninguna visita, ni de otros actos de comunicacion, que aquellos que se deduzcan del objeto de la introduccion. Sin embargo, el presentado no podrá ausentarse del lugar en que se encuentra, sin acercarse á la persona á quien fué introducido, con el exclusivo objeto de pedirle sus órdenes, y de darle las gracias por los servicios y atenciones que de ella hubiere recibido.

XIII

Cuando la carta de presentacion ocasional tiene por objeto el tratar sobre un negocio, la política no permite que se ponga á la persona á quien se dirige, en el caso de entrar inopinadamente en una conferencia para lo cual no está preparada; y así, el portador debe remitirle aquella junto con una esquila en que le ofrezca sus respetos, y le pida el señalamiento de hora y lugar para presentársele en persona. El que recibe esta esquila, debe contestarla inmediatamente, y solo por un grave motivo dejará de aplazar al presentado para el mismo día.

XIV

Luego que nos hayamos puesto en comunicacion con la persona á quien hemos sido presentados por una carta, lo participaremos por escrito á la que nos presentó, manifestándole al mismo tiempo nuestro agradecimiento, aunque ya lo hayamos hecho al acto de tomar la carta. Y si esta hubiere sido de presentacion especial, ó si habiéndolo sido de presentacion ocasional, recibiéremos por virtud de ella servicios importantes, haremos á nuestro regreso, á la persona que nos presentó, una visita de agradecimiento.

LOS JUEGOS.

LA GALLINA CIEGA.

Este es el juego favorito de las niñas. Es tan sencillo, que casi no merece una descripcion particular; pero sencillo y todo, pone en movimiento la inteligencia de la que *se queda* ó hace de gallina ciega, porque lleva los ojos vendados con un pañuelo, y la agilidad de todas las niñas que alrededor de ella dan vueltas en corro. Constituida la niña, ya con los ojos vendados en medio del corro, se le pregunta:

- Gallinita ciega, ¿qué se te ha perdido?
- Una aguja y un dedal.
- Pues dá tres vueltas y lo encontrarás.

Estas palabras son absolutamente indispensables, y no hay memoria de que las niñas hayan jugado nunca á la gallina ciega sin empezar por esta fórmula acostumbrada. Mientras que la niña dá las tres vueltas, dice:

- Una.... dos.... tres y la del revés.

En seguida empieza á girar la rueda, hasta que la gallina grite:

- Pare la rueda.

Oidas estas palabras, todo el mundo debe permanecer quieto é inmóvil en el sitio en que le cogieron, porque entónces empieza el verdadero juego. La gallinita ciega se dirige titubeando á agarrar á la primera que encuentre, á ver si por el tacto puede colegir quién sea, y proclamando su nombre en voz alta, hacerla poner en lugar suyo, yendo ella á disfrutar de su libertad en el corro.

Para que este juego se verifique como es debido, hay que observar las reglas siguientes:

Por parte de la que se queda, proceder siempre de buena fé, sin levantar con disimulo el pañuelo que cubre los ojos, y aun avisar para que la tapen, si es que ve algun poquito.

Por parte de los que juegan hay que observar:

Nunca engañar á la que está vendada, y esto no precisamente por el perjuicio que se le pueda seguir, sino por lo feo y trascendental que es acostumbrarse á la mentira desde los primeros años: el que no hace escrúpulo de mentir en los juegos, no está muy distante de mentir en las cosas serias.

No soltarse, ni separarse del corro, ni mudar ó disfrazar el traje.

No poner estorbos, ni presentar cuerpos extraños á la que se queda; léjos de eso, cuando vaya á tropezar en alguna cosa, avisarla á tiempo con el acostumbrado grito de *¡tocino!*

Dejarse coger alguna vez por cortesía, cuando ya ha pasado mucho tiempo y está fatigada la que hace de gallina.

Como este juego tiene cierta monotonía, que llegaría á ser cansada pasado algun tiempo, se han inventado algunos medios ingeniosos de variarle, recurriendo al oido en vez del tacto para reconocer las personas.

Ya es por el sonido de una llave por el que se dirige la gallina ciega, y juzga de la mayor ó menor proximidad de aquel á quien busca. Ya presenta una varita ó el *cucharon* hácia el corro, para que la niña delante de quien se pare agarre la otra punta. Entónces la gallina ciega dá un pequeño grito, el que puede repetir hasta tres veces, teniendo que repetirle la otra persona que juega y que tiene asido el otro extremo de la vara. Toda la gracia está en disimular de tal modo la voz y en fingir las entonaciones, en términos que dicha persona no pueda ser reconocida por el eco. Si esto sucede, no tiene mas remedio que vendarse los ojos, pasar al medio del corro y empezar á cumplir la penitencia.

El can enfermo.

(FABULA).

Descomulgado
Pícaro hueso
Tragóse un pobre
Can perdiguero.

¿Tragóse, dije?
Pues no, no es eso,
Que de otro modo
Decirlo debo.

Quiso tragarlo;
Pero al hacerlo,
Atravesósele
En el gargüero.

¡Ay qué de angustias!
¡Qué de tormentos!
Ni *guan* podia
Decir el perro.

En tan horrible
Crítico aprieto,
Fué necesario
Llamar al médico.

Vino muy listo
(Era un sabueso),
Y encontró el caso
Sério, muy sério.

Eso no obstante,
Dijo: «veremos;»
Y abrir la boca
Mandó al enfermo.

Abrióla aqueste,
Y él... ¡qué talento!
Toda la pata
Metióle dentro.

Heróico y mucho
Era el remedio;
Pero por último
Sacóle el hueso.

El can en tanto
Tenia, es cierto,
Hecho una lástima
El tragadero;

Mas su gran práctico
Le ordenó luego
Quietud, jarabe,
Dieta y silencio.

Notable alivio
Sintió con esto;
Mas por desgracia
Varió de método.

—«Dieta! exclamaba
El enfermero
(Que por mas señas
Era un podenco):

¡Pues si prosigue
Dos dias eso,
De hambre el paciente
Se vá al infierno!

Yo debo darle...
¡Claro! ¿qué ménos?
Un sopi-caldo
Y un sopi-huevo.»

—«Ay! ya era hora!
Dice risueño
El ántes dócil
Prudente enfermo.

¿Pero no hay algo
De mas sustento,
Tal como vaca,
Perdiz ó cerdo?»

—«¡Bravo! le dicen,
Su voz oyendo,
Ocho mastines
Que entran á un tiempo.

¡Bravo! ya come;
Ya tiene aliento
Para engullirse
Un buey entero.

¿Mas cómo diablos
Sucedió aquello
De atravesársele
El tal torrezno?»

—«Ay! les contesta
El can gimiendo:
Fué que goloso
Pillé yo el hueso.

Era muy grande,
Y yo... ¡qué necio!
Más que mascararlo,
Quise sorberlo.

Ya veis! ¡cuando uno
Se siente hambriento!
Mas ya, á Dios gracias,
Salvé el pellejo.

No obstante, ahora
Dirán que siento...
Pero el jarabe
Me hará provecho.»

—«Vaya, aliviarse!
Contestan ellos,
Que espera el amo,
Y es de mal génio.»—

Idos los ocho,
Entran corriendo
Cuatro ó seis galgos
Largos y secos.

¿Nueva visita?
Pues dicho y hecho:
Nuevas preguntas,
Diálogo nuevo.

El visitado
Repite el cuento,
Pero se queda
Ronco al hacerlo.

—«¡Ay de mis fauces!
¡Ay de mi cuello!
Exclama entónces
Dando lamentos:

¿Por qué en mal hora
Habrás el podenco
Dádome vaca,
Perdiz y puerco?

¿Por qué en mi daño
Ese mastuerzo
A tantos canes
La puerta ha abierto?

Bárbaros! béstias!
Brutos! zopencos!
¡Ay, que me ahogo!
¡Ay, que me muerol!»—

—«¿Lo veis? exclama
El can galeno,
Súbito entrando
Al ver aquello:

Vuestros caprichos
Trajeron esto,
¡Y aun dirá alguno
Que yo le he muerto!»—

Dice, y se marcha
El buen sabueso,
Mientras el otro
Tuerce el pescuezo.—

*Yo por mi parte,
Digo acá dentro:
Tanta bruticie
Pase entre perros:*

*¿Pero es posible
Que, aun hombres siendo,
Seamos muchos
Lo mismo que ellos?*

*¡Ay visitantes!
¡Ay enfermeros!
¡Ay amigotes
Del pobre enfermo!*

*¡Cuántos pacientes
Matais, y luego
Toda la culpa
La echais al médico!*

AFICION A LA MUSICA.

(POR L. GAULTIER.)

Los niños mas queridos de sus padres, no son por eso los mas dignos de su afecto. Carolina era bella como un ángel; pero al mismo tiempo, atolondrada, petulante y vana. Virginia, su hermana, y de un año ménos de edad, no tenia la perfeccion de sus facciones; pero era atenta, modesta y reservada. La madre, aunque no aborrecia á Virginia, siempre preferia á Carolina, y en ella tenia concentrada toda su predileccion. Ni pensaba, ni hablaba mas que de su Carolina, y no hubiera aceptado un convite, ni concurrido á una visita, si ella no la hubiera de acompañar.

Virginia no era tan necesaria y se quedaba por lo regular en casa. Fácil es conocer que para estarse en casa, no se necesita un traje tan esmerado como para presentarse en el gran mundo; así sus vestidos no eran tan bonitos como los de Carolina, sus zapatos ménos elegantes, sus sombreros mas lisos. Felizmente que Virginia hacia poco caso de estas bagatelas. Todavía hay mas, y es que no tenia envidia de su hermana á pesar de tantos motivos para ello. La amaba con ternura y tenia mucho gusto en estar á su lado, y por lo que hace á su madre, la tenia el mismo respeto y sumision que si no tuviera que quejarse de su indiferencia.

La bella Carolina ya tenia diez años; pero la dejaban vivir en tal disipacion, tenian tanto miedo de apesadumbrarla, y ella era tambien tan desaplicada, que aunque todos la alababan como un pro-

digio, apénas sabia leer. No le sucedia esto á Virginia, que á pesar de que solo tenia seis años de edad, leia con gracia, prometia buena forma de letra y contaba muy bien. Debia todos estos conocimientos á su aya, que habia visto en ella felices disposiciones y las habia cultivado con esmero. La habia enseñado además todas las labores que ocupan y divierten á las niñas de su edad.

La madre empezó á notar la superioridad de la hija chiquita sobre la mayor, y resolvió al punto dar á Carolina una instruccion que contrabalancease el mérito de Virginia. Entre varios maestros escogió los mejores, no dudando así que su hija querida haria muchos progresos en poco tiempo. En efecto, Carolina empezó á dar lecciones que ocupaban todas las horas de la mañana, pero se cansó bien pronto de la aplicacion que sus maestros exigian de ella, y las dificultades que acompañan á los principios no tardaron en desanimarla. Unas veces tenia dolor de cabeza, otras veces en medio de la leccion dejaba caer el lapicero ó abandonaba el piano, para ir á componer la muñeca. Cuando su maestro la explicaba algunas dificultades, estaba pensando en otra cosa, de modo que sus progresos eran muy lentos.

¿Qué hacia entretanto Virginia? Presente á todas las lecciones que daban á su hermana, escuchaba sin dejar su trabajo, lo que enseñaban los maestros, con tanta atencion que no perdía una palabra de sus instrucciones. Por la noche, cuando su madre y su hermana estaban en la tertulia, cogía el libro ó se sentaba al piano, y procuraba repetir las lecciones que por la mañana habian dado á su hermana, de modo que lo que enseñaban á Carolina, Virginia era realmente quien lo aprendía.

Así aprendió la música en tal grado de perfeccion que era una maravilla para su edad; mas por esto no se envanecía. No procuraba hacer ostentacion de sus talentos: al contrario, los ocultaba con tanto cuidado como otra tendria de manifestarlos.

La mamá cayó enferma y, mientras estuvo de peligro, las dos niñas no se separaron de su lado, para tener el placer de servirla; pero cuando estaba convaleciente, Carolina, acostumbrada á la disipacion, pedia á menudo permiso para salir y su mamá temia rehusarle. Virginia, por el contrario, mas reflexiva, no pensaba en salir, ni se atrevia á dejar sola á su mamá. Sentada siempre á la cabecera de la cama, trabajaba, conversaba con ella ó contaba bonitas historias. Entónces la madre empezó á conocer el mérito de Virginia, á gustar de su conversacion, muy interesante para su edad temprana. Un dia en que se hallaba mas abatida que de ordinario, la dijo:—Virginia, tengo sentimiento por no haberte enseñado á tocar el piano: ahora tocarías un poquito para distraerme de la melancolía y de la tristeza involuntaria que me acomete algunas veces. Si quieres haré llamar un maestro, pero no será al que ha enseñado á tu hermana, porque á la verdad no la ha enseñado gran cosa.—Mamá, contestó Virginia, tendria una gran satisfaccion si pudiera servir de algo. Yo me he ensayado algunas veces en el piano de mi hermana; ¿quiere vd. que pruebe á ver?—De buena gana, hija mia. Entónces Virginia, sentándose al piano, tocó una ligera sonata: su ejecucion era tan animada y sin embargo tan suave, y los sonidos eran tan armoniosos, que la buena madre no volvía de su sorpresa.—¿Pero cómo es esto? Tú tocas como un ángel, hija mia, la dijo, ¿dónde has aprendido lo que sabes? ¿y cómo lo has aprendido sin que yo lo eche de ver?

Entónces Virginia contó la atencion que habia prestado á las lecciones de su hermana, de que aquella hacia poco caso, y ella habia repetido á sus solas.—¡Ah! bien conozco, dijo entre sí la madre, que somos á veces ciegos en nuestros gustos y que el corazon es á veces muy mal juez. ¡Qué injusta he sido yo con esta pobre niña! Entónces, haciendo que se acercara, la abrazó, dándole pruebas nada equívocas de su ternura.

Así triunfó Virginia de la indiferencia de su madre, que la amó siempre tanto como á Carolina.